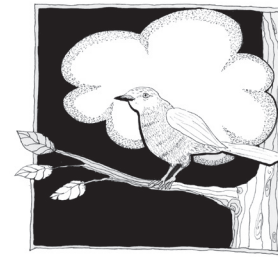




VERANO

Primera habitación: el verano



*Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras.
hacia los montes azules,
una mañana serena.*



Antonio Machado
Campos de Castilla



Es verano en mi alma y en esta parte del hemisferio. Abro la ventana y un aire tibio invade mi cuarto, arrulla las cortinas de algodón levantándolas levemente. Entra una claridad envidiable a través de los agujeritos del piqué blanco. Todo se viste de luz... de resplandor sin límites. Los rayos de sol desnudan el paisaje vistiéndolo de esperanza. Infinito el verdor, infinitos los sembradíos: bellos... Tan llenos de promesas, como una historia que empieza.

Las nubes se calman, el cielo entero es calma y, con los días cálidos, el ritmo de la Tierra se hace más lento: días infinitamente largos; noches que se van en un suspiro... Abundante el cielo de estrellas, tranquilas en sus mundos de sueños lejanos. ¿Y la luna? Ay, la luna se regocija al ver a los niños de apacibles semblantes, ya dormidos... Niños que han cantado con los pájaros, perseguido mariposas y se han refrescado los pies en las aguas cristalinas de los arroyos que bajan de la cordillera.

Pero en medio de esa brillantez absoluta también se esconden las penas, que no faltan. Todo el calor y rubor de aquel insólito verano está en este primer cuartito.



Ese verano la muchacha cerró las ventanas, corrió las cortinas de su habitación, echó llave al candado de la puerta, encargó las gallinas de su madre a su vecina, y empezó a caminar por el sendero que la llevaría a la salida del pueblo. Esa era mi abuela. Iba en busca de sus sueños...

El principio



Todos dicen que soy igualita a ella; a mi abuela, claro. Es por eso que debo empezar a contarles la historia desde el principio: tal y como me la contaron a mí. Mi nombre es Micaela. Soy hija de Marisol y nieta de Merceditas, la dueña de La pensión de la pared torcida en Castañal de los Vientos. La pared sigue tan chueca como el primer día en que se estrenó, y casi puedo asegurales que seguirá torcida aun cuando esta historia se vuelva vieja.

Bueno, allí en la pensión de la rara aunque artística pared crecí yo; con mi abuela y con mi otra mamá, a quien llamo, desde chiquita, mamita Flor. Tuve la gran suerte de criarme al lado de estas dos mujeres generosas, dispuestas en todo momento a compartir un pan con jamón y un refresco con cualquier cristiano que se asomara por la puerta. Porque, según mi abuela, la bondad, como el buen vino, nunca pasan de moda. Yo pienso que de mi abuela heredé algunas de sus virtudes y muchos de sus defectos. Los que me conocen dicen que saqué algo de su simpatía, aunque yo pienso que ese don de gentes que posee mi abuela es inigualable. Por lo pronto, les confesaré que soy la terquedad personificada. Tampoco puedo controlar a la gatita curiosa que vive en mis entrañas desde siempre: es que me encanta enterarme de todo. Soy sincera, eso sí. Pero ¿cómo no heredé un poquito de la belleza de mi abuela? Por lo menos una chispita de su coquetería y su elegancia no hubiese estado mal.

Porque yo más bien soy simple; tan simple como una galleta María.

Soy de todas partes, aunque en realidad conozco muy poco del mundo. Y sí, ya sé, es una incongruencia total lo que acabo de decirles, pero es la puritita verdad. Por el camino, les prometo, van a poder entenderme... Por cierto, gracias a que viví en la pensión de mi abuela, pude tratar con personas de muchos rumbos diferentes, de países lejanos y de aquí mismo. Y es que, a veces, ciertos huéspedes lucían tan diferentes, que bien podrían haber aterrizado de algún planeta inventado: así de extravagantes eran. Conocí gente de renombre: matemáticos y científicos, hacendados millonarios, músicos de muchísimo talento, políticos... Algunos, incluso, honestos. Conviví también con sirvientes respetuosos, con viejitas chochas y con un poeta. Y mi madre, Marisol, que era artista, a su vez vivió algún tiempo conmigo en la pensión. De ella y de todos, algo aprendí. En algunas ocasiones, se nos colaron uno que otro pensionista medio loco o loco y medio: verdaderos «personajes». Aunque no es nadita fácil creerlo, en medio de sus chifladuras, enriquecieron también mi vida, enseñándome a llevar a cuestras grandes dosis de tolerancia. Porque se encargaron de que no faltara ni una pizca de compasión en mi equipaje usual; como grata consecuencia, llenaron mis días de harto y desinteresado cariño. Pero, qué les parece si dejamos algunos de estos datos para después; mejor, hablemos de mi abuela...

El día que me quieras



Ese martes glorioso, el curita de la parroquia de Santo Tomás esperaba a mi abuela y a su novio, o sea, el que sería mi abuelo, en la pequeña iglesia en las afueras del pueblo. Ella, vestida de verano y de blanca pureza, caminaba rapidito. Estrenaba unos zapatos de tacón bajo de un cuero de color crema, y cargaba una maleta chiquita y un ramo de flores silvestres recogidas por el camino. No llevaba medias y los zapatos nuevos, de vez en cuando, le raspaban un poco los pies, pero nada de eso disturbaba a la novia bella. Chupó su dedo índice y untó un poco de su saliva en la ampolla que más le molestaba, y emprendió la marcha aligerando sus pasos. Hoy sería para ella un día tan diferente y deslumbrante como una película de estreno. Resonaban en sus oídos la melodía y la letra de su canción favorita: *El día que me quieras, la rosa que engalana, se vestirá de fiesta con su mejor color...* Y la muchacha cantaba y se sonreía y seguía cantando; tan feliz estaba...

Levantando sus flores saludó a unos niños que se bañaban en el arroyo que se deslizaba desde lo alto de la colina. Los conocía de más, así que se hizo rápidamente a un lado cuando le salpicaron agua tratando de mojarla. «Hoy no puedo jugar, chicos», les gritó alegre mientras le daba la vuelta a la colina, apresurándose nuevamente. Por fin llegó al pie de la iglesia. La dichosa jovencita subió deprisa el Sendero de la Cruz, como le

llamaban, en ese entonces, al caminito de piedra que llegaba hasta el mismo portón de la iglesia. Era una iglesita rústica en medio del verdor de los montes; con su techo coronado de teja árabe. A la par, un árbol gigantesco impedía que los rayos de sol dañaran la pintura de la Virgen y los óleos de los demás santos que la decoraban por dentro.

La muchachita llegó casi sin aliento a este importante encuentro. El novio la esperaba junto al enorme árbol. Allí los casó el señor párroco, sin aspavientos ni cortejo, debajo del árbol silencioso aquel: un tejo tan añejo como sabio y recatado que, con más de quinientos años de historia y experiencia, conocía la vida y memoria de los habitantes del lugar; también les conocía todos sus secretos, que los resguardaba, cauteloso, en las entrañas de su tronco inmutable y de sus ramas discretas. Es que era todavía costumbre de la época, bajo el amparo de este enorme árbol, la antigua tradición de firmar pactos y actas, y officiar eventos cruciales; incluso, a veces, hasta enterrar a los muertos. Por eso el párroco creyó que sería conveniente darles la bendición de pareja allá afuera, para no disturbar a los feligreses que rezaban en la única nave de la iglesia y, por último, para evitar los chismes y demás habladurías innecesarias antes de tiempo.

Y al viento las campanas, dirán que ya eres mía... Cantó su novio para alegrar la pequeña ceremonia. *Y locas las fontanas, me cantarán tu amor...* Seguía la canción. Mi querida abuelita sintió voces celestiales bajando del Cielo, como si los mismísimos ángeles estuvieran presentes en su boda. Tal vez lo que oyó podría haber sido un coro de niños, rara coincidencia que, en

el momento preciso de la unión plena, se escucharan, nítidas, esas voces alegres y tiernas.

Mi abuela tenía tan solo quince años. Mi abuelo le llevaba, por lo menos, unos doce años. En esos tiempos las muchachas se casaban muy jovencitas, pero mi abuela era realmente una niña. Aun así, este no era el mayor problema...

Mi abuela vivía en un pueblito cercano a Oviedo, La Castañal, a unos cuantos kilómetros de Nava, en las montañas de Asturias. Conoció a mi abuelo una tarde a principios de verano, cuando ella limpiaba las mesas en el patio del café del pueblo. El distinguido caballero le hizo una seña para que se acercara. Mi abuela lo había visto antes: un apuesto señor, extranjero y desconocido, como pocos en ese lugar. Le decían «el gaucha» porque provenía de América del Sur, y con mucho acierto lo llamaban así, porque era cien por ciento argentino. Desde el primer instante, a mi abuela le gustó su hablar tan diferente; su cabellera rubia y lacia, que le cubría la parte de atrás del cuello, como crin de palomino fino. Su bigote era marrón claro y sus ojos tan azules que se confundían con el cielo de esa tarde. Ah, y también le fascinó su porte de torero, aunque de torero no tenía ni un pelo porque además era muy alto. Pero sí estaba en forma y era esbelto como un poste de luz. Traía puesta una chalina de seda, color verde olivo, que le asentaba muy bien con el tono suave de su piel. Todo en él a mi abuela le encantó. Pero, sobre todo, a mi abuela la cautivó su música. Siempre con su guitarra a cuestas, se ganaba la vida tocando en los bares.

—Muchacha linda, ¿me podés decir, por favor, dónde

encuentro la oficina de Correos? Necesito enviar este paquete al otro lado del mundo.

Mi abuela sonrió y sus cachetes se pintaron instantáneamente de un rosa precioso. Nadie nunca antes la había llamado con un requiebro de «muchacha linda»; le agradó el modo tan extraño con que este músico misterioso y gentil la trataba. Además, el padre de mi abuela sí, de veras, había sido torero y por eso este extranjero tenía un algo especial que la atraía de sobremanera. También, una sola sonrisa de mi abuela fue suficiente para interesar al gaucho solitario. Es preciosa esta españolita, pensó. Mi abuela se quitó el delantal y se soltó las trenzas; ya su tarde de trabajo había terminado. Después de despedirse de don Antonio, el dueño del café, se fue con el desconocido. Bastó esa única caminata a Correos para que se enamoraran locamente el uno del otro. Porque tan solo se requirió de esa primera tarde para hechizar el alma, el corazón y el cuerpo entero de mi abuela con un poderoso sentimiento que, a su corta edad, nunca antes había experimentado: un verdadero sortilegio de amor.

Mi abuela buscaba cualquier pretexto para salir de su casa. Ella era aún muy chiquilla para que la dejaran entrar a los bares donde su galán cantaba y tocaba, pero se quedaba en la vereda del frente para escucharlo desde afuera. Así, escuchando la música de lejos, poco a poco, mi abuela fue aprendiéndose las letras tan románticas de los tangos que cantaba su gaucho, y que luego cantaba ella cuando nadie la escuchaba. Porque... *Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias...*

—Madre, no tenemos café para el desayuno. ¿Me daría permiso para ir a la tienda de ultramarinos? Voy con la vecina.

—Pero, niña, que es muy tarde ya... Que no es bueno que vosotras que sois chicas decentes andéis solas por ahí, a estas horas; ¿y si os pasa algo? No. Yo iré mañana temprano.

Tanto insistía la muchachita que por fin su madre, por no escuchar la cantaleta, cedía. Lo que no sabía esta señora, era que mi abuela escondía el café debajo de la cama para tener el pretexto de salir a comprarlo. Un lunes faltaba la harina para el pan de centeno, otra noche se les había acabado el trigo y también el ajonjolí, que a mi bisabuela tanto le gustaba, el jueves no había ni un granito de azúcar y así, así...



En ese plan transcurrieron dos meses. El gaucho esperaba a mi abuela a la salida del trabajo, tomándose un café negro y leyendo el diario en una de las mesitas del patio, que ahora ella con tanto gusto limpiaba. Después se iban juntos a caminar y a comprar unas galletas de avellanas y unos helados. El enamorado luego la acompañaba hasta el caminito a la entrada de la finca donde vivía mi abuela con su madre, que era viuda de muchos años. Mi bisabuela nunca llegó a conocer a mi abuelo.